

## **Boticarios, exhibicionistas y niños sordos. El psicoanálisis y la domesticación de lo sobrenatural**

Mauro Vallejo  
Invitado Especial  
Argentina

Hay consignas que de tan certeras se vuelven imprecisas. Son más bien ideas, que no nacieron como consignas que se adecúan alegremente al deporte del grafiti o al arte del estampado sobre remeras. Se gestaron en el silencio de las bibliotecas o en la sobriedad del razonamiento testarudo. Es quizá el destino pasional de las ideas modernas: tarde o temprano acaban en el registro de la vociferación facciosa. Partamos de una de ellas. El reinado de la *clínica de la mirada*, inaugurado y regido en paz por el ilustre Charcot, habría sido sucedido por la era convulsionada de la *clínica de la escucha*. El ojo que de un golpe sabía desentrañar el origen simulado o sifilítico de una parálisis en la lengua, fue prontamente desplazado por la oreja atenta a los tropiezos del relato. El cuerpo observado por las lentes de un médico que, al modo de un boticario sufrido, consideraba que lo primero y esencial era colocar cada cosa en su estante (cada síntoma en su serie, cada manifestación patológica en su respectivo diagnóstico), cedió su lugar al sujeto que habla ante otro sin preocuparse por el orden de sus ideas. En su formulación inaugural y más razonada, esa parábola era mucho más rica, pues la mirada colocada del lado de Charcot cubría mucho más que sus modales de boticario. En efecto, que la histeria haya estado durante largas décadas subsumida a una clínica de la mirada quiere decir que un dispositivo icónico, montado sobre el presupuesto de que la realidad de la patología residía en su naturaleza espectacular, había sido consustancial a la emergencia misma del nuevo cuadro nosográfico.

Ahora bien, el segundo elemento de esa parábola presenta ciertas limitaciones. O al menos puede ser sometido a una crítica, que sea capaz de iluminar aspectos poco transitados del proceso fundacional del psicoanálisis. Sería insensato poner en duda que la apuesta más valiosa y productiva de Freud estuvo cifrada en la escucha de un relato. Explorando nuevos matices del procedimiento hipnótico en que se había formado, Freud verdaderamente inauguró una clínica de las palabras. No tanto porque comprendiera que los síntomas estaban hechos de palabras—a fin de cuentas, ese postulado era apenas una vuelta de tuerca a la teoría de la sugestión de Bernheim, basada en el poder determinante de las representaciones no conscientes—; tampoco porque erigiera un método de tratamiento anclado exclusivamente en el diálogo entre dos—allí, otra vez, no hacía otra cosa que mostrar cuánto había aprendido de su paso por el terreno del sonambulismo artificial—; sino sobre todo porque se obstinó en producir una soldadura entre esas dos herencias recibidas. Lo que sí puede ser cuestionado tiene que ver con la relación de ruptura entre aquella vieja clínica de los ojos y esta recién llegada. El cometido de estas páginas es interrogar hasta qué punto el nacimiento del psicoanálisis pudo mantenerse a resguardo de la potencialidad productiva de los dispositivos espectaculares que en silencio vertebraron la ciencia médica tradicional.

Después del ensayo pionero de Georges Didi-Huberman acerca de la *Iconografía de La Salpêtrière*, ha quedado suficientemente cartografiado el valor que el uso de las imágenes tuvo en el tratamiento conceptual y práctico que la histeria recibió en el servicio de Charcot (Didi-Huberman, 1982). Ahora bien, una menor atención se ha prestado a la intervención de otros carriles en que durante la segunda mitad del siglo XIX se cruzaron la ciencia y lo espectacular. Dicho en otras palabras, resta aún explorar otras declinaciones de los frecuentes maridajes entre el desenvolvimiento del saber racional y diversos *dispositivos de mostración*. Me interesa sobre todo uno de ellos, el que tiene que ver con el promisorio desarrollo que durante ese período alcanzaron las demostraciones del espiritismo y las ciencias ocultas. En efecto, numerosas indagaciones de las últimas dos décadas han documentado de modo prolijo las faenas de esos artífices de lo heterodoxo. Muchas de esas faenas adquirieron la forma de efectivos artefactos de visualización de lo maravilloso (demostraciones en teatros, en salones privados, sesiones experimentales, fotografías, etc.). Desde 1860 hasta bien entrado el siglo XX, exhibiciones de telepatía, telekinesis, comunicación con los espíritus,

emanaciones ectoplasmáticas y de muchos otros prodigios, conformaron una florida cultura visual y mostrativa, que acercó a los ojos de amplios sectores letrados evidencias, entre indubitables y embarazosas, de la existencia de poderes extraños, facultades maravillosas y de leyes fisiológicas que atentaban contra el lenguaje pacientemente forjado por la ciencia oficial<sup>1</sup>. Pues bien, cabe interrogar cuán íntimos fueron los nexos que comunicaron a esa cultura esotérica con los dispositivos que la propia medicina implementaba por esos años a los fines de estudiar y exponer hechos igual de enigmáticos (hipnosis, doble personalidad, estados de hiperestesia, etc.). Y es menester llevar el interrogante un poco más allá, y advertir asimismo si el pensamiento *freudiano* no quedó capturado, en el momento de su más temprana génesis, en esa red de intercambios, préstamos y mezclas entre tradiciones académicas y heterodoxas.

Gracias a la iniciativa de los hacedores de lo esotérico, nuevos cuerpos, novedosas potencialidades de lo humano irrumpieron no sólo en las ferias, los teatros y los centros de entretenimiento, sino también en las aulas y los escritorios de la gente docta. No viene a cuento ensayar un listado exhaustivo. Basta con recordar que importantes fenómenos en los que hizo pie la neurología y la ciencia de lo mental a la hora de renovar sus marcos conceptuales, como por ejemplo la escritura automática, la telepatía o la doble personalidad, fueron inicialmente pilares de los quehaceres y de las *mostraciones* esotéricas. Más aún, no basta con señalar que en muchas ocasiones fueron los propios *mediums* espiritistas, los propios telépatas de feria o las propias campesinas con facultades extra-sensoriales, quienes poblaron los pabellones, los laboratorios o las aulas de los médicos. No alcanza con rastrear el itinerario de esos cuerpos y esas historias, que pasaron de los esparcimientos o los ritos profanos hacia los ambientes asépticos de la ciencia. Conviene más bien catalogar qué arrastraron consigo, qué nociones, decibles o imaginaciones introdujeron en el dispositivo científico que tanto precisaba de ellos. Esa proposición puede ser formulada en sentido inverso. Es menester reconocer en la literatura científica los rastros de esos contagios esotéricos, mas no para tildar a los exponentes de la razón de traspiés, credulidades o inclinaciones en favor de lo misterioso. Renunciando a esas categorías interpretativas, la propuesta reside más bien en comprender que la irrupción de esas nuevas corporalidades –irrupción en la que, repetimos, tuvieron igual colaboración

---

<sup>1</sup> De la voluminosa bibliografía sobre el tema, rescatamos sobre todo: Luckhurst (2002); Wolfram (2009); Noakes (2008); Plas (2012); Sommer (2012).

los dispositivos visuales de lo heterodoxo y sus pares académicos— fue de tal envergadura, que la introducción de lo maravilloso se produjo casi de modo natural incluso en las zonas más protegidas y cautas del saber científico. No es correcto endilgar toda la responsabilidad a esas *mostraciones* esotéricas. Desde el punto de vista de una historia cultural hubo asimismo otro factor que ayudó de modo superlativo en la imposibilidad de dictaminar dónde, en el terreno de lo humano, terminaba lo verosímil y dónde comenzaba lo quimérico. Nos referimos a los adelantos de la técnica y a las innovaciones de ciertos sectores de la física; la rápida sucesión de hallazgos como el fonógrafo, los rayos x o la telegrafía sin hilos, no solamente amenazó con dar muerte a categorías cognoscitivas bien afianzadas, sino que rápidamente acercó puntos de comparación y esquemas de inteligibilidad para fenómenos que parecían tan extraños como la capacidad de ver los huesos de un ser vivo sin necesidad de herir su piel: la telepatía, la telekinesis, etc<sup>2</sup>.

Acerquemos la lente a un ejemplo de visualización esotérica. Lo tomo del contexto de Buenos Aires, en el que mi investigación se concentra desde hace unos años. A fines de 1883 llegó a la ciudad, y a instancias de una sociedad espiritista que se encargó de publicitar sus servicios, un “Profesor de magnetismo” llamado Henry Beck. Poco y nada sabemos de él, salvo que permaneció apenas unos meses en la capital argentina. Arribó a territorio rioplatense en un momento en que las oleadas migratorias traían a esas costas muchos de esos personajes, mercaderes de lo esotérico, charlatanes y sanadores. Esos artífices de lo maravilloso llegaron a esas zonas en un momento en que sus habitantes, anoticiados de las modas europeas y deseosos de hallar auxilios para entretener sus tardes, mostraban un franco interés por todos los fenómenos que décadas más tarde serían arrojados al esquinero de lo paranormal. Volviendo a Beck, recordemos que casi de inmediato abrió un consultorio, y como fruto de ese accionar apareció en la capital argentina el más temprano relato con los detalles de un *cuerpo charcotiano*. Ya era posible encontrar en la literatura galénica porteña descripciones de cuerpos histéricos, pero en esas viejas narraciones jamás había lugar para el prodigio o lo sobrenatural. Antes de Beck, las corporalidades más extrañas eran a lo sumo emanaciones del capricho, el extravío o de la desmesura. Gracias al arribo de este aventurero, el muestrario vernáculo de las disfuncionalidades sufrió un vuelco sin retorno:

---

<sup>2</sup> Al respecto, véase (Natale, 2011).

Ordenó el Sr. Beck á su sonámbula de levantarse y de estender el brazo, y con una mirada no más, sin gesto, le quedó el brazo perfectamente catalepsiado é insensible. La sonámbula miró con asombro el alfiler que se le pasó por el brazo, sin que ella lo sintiera. Lo mismo sucedió cuando en la punta de sus dedos se le suspendía una silla pesada.

(...) Con un solo gesto le quitó el oído poniéndoselo en la rodilla, y el olfato, colocándolo en la punta de los dedos, de modo que ya era sorda en el oído, percibiendo el más pequeño ruido por la rodilla. Debajo de la nariz se le presentó un frasco de amoníaco líquido, y a pesar de que lo aspiró fuertemente no hizo ningún movimiento, estornudando con fuerza cuando en la punta de sus dedos se le puso un poco de rapé.

No hablaremos de todos los esperimentos, solo mencionaremos todavía la catalepsia entera. Colocó su sonámbula despierta en el medio de la sala, poniendo detrás de ella dos hermanos. Con una sola mirada la catalepsió al gran asombro de todos los presentes. Cayó como herida por un rayo, presentando el aspecto más perfecto de la muerte. La hizo estender en dos sillas, la cabeza en una y los pies en la otra. Era una estatua de mármol y algunas de las hermanas temerosas preguntaron asustadas ¿y volverá en sí? Colocándola nuevamente de pié, le dijo ‘Despertaos’ y se despertó con la misma velocidad que si una persona dormida hubiera recibido un choque eléctrico.<sup>3</sup>

He allí una clásica escena de espectacularidad esotérica, donde fenómenos prodigiosos eran exhibidos para un público curioso y profano. El hecho de que esa descripción anteceda en varios años a las primeras narraciones que los médicos de Buenos Aires harán de los cuerpos femeninos con anomalías tanto o más sorprendentes, puede conducir en dos direcciones. La primera de ellas estaría encaminada a señalar que en zonas marginales o periféricas como la Argentina de fines de siglo, era frecuente que las novedades técnicas o científicas llegaran primero, no por la vía formal de circuitos académicos poco aceitados, sino disfrazadas o distorsionadas gracias a los ímpetus itinerantes de inmigrantes buscavidas. La segunda alternativa –que aquí priorizamos– consiste en tomar esa antelación como un revelador sintomático, que de modo desfasado hace espejo a lo que había sucedido en ultramar. También allí, donde la Razón podía enorgullecerse de tener a su disposición instituciones bien consolidadas, el primer atisbo de los automatismos e incluso de lo inconsciente había provenido de los actos sospechosos de iletrados o no-profesionales.

---

<sup>3</sup> “Trabajos en la Congregación Fraternidad. Sesión experimental que tuvo lugar el 1° de Diciembre de 1883”. *La Fraternidad. Revista Mensual*, Año III, N° 5, 15 de enero de 1884, pp. 118-120; cita de la p. 119. En este fragmentos textual y en los que siguen se conserva la ortografía del original.

La cita con la experiencia de Beck adquiere su justo valor cuando la cotejamos con fragmentos que dan fe de lo que en esos mismos momentos sucedía en La Salpêtrière, la Meca del estudio racional de la histeria y del hipnotismo. Veamos, por ejemplo, qué noticias llegaban a Buenos Aires desde París, traídas por las cartas de los médicos porteños que hacían el largo viaje para ver cosas que en los hospitales de su ciudad natal aún no se observaban. Copiemos el fragmento de una misiva de Eduardo Obejero, publicada en enero de 1882 en los *Anales del Círculo Médico Argentino*:

“El caso es una muchacha histero-cataléptica que tenía la particularidad de magnetizarse bajo la sola influencia de la mirada del Profesor [Raymond]. Que le hiciera adoptar las posiciones más estravagantes no tiene nada de extraordinario dado que era cataléptica -, lo extraño es que provocaba contracciones tónicas, verdaderas contracturas, sin tocarla y sin decirle nada, fijando sólo su mirada en un punto cualquiera de su cuerpo” (Obejero, 1882)

Apenas unos años más tarde, otro médico argentino que se paseaba por los pasillos del servicio de Charcot, extraerá una conclusión acertada: “Ciertos hechos de los relativos a la histeria son de tal modo raros que a primera vista se diría que las leyes naturales de la vida se habían cambiado” (Bustamante, 1887). En unos instantes veremos que a la misma deducción llegaban los discípulos más cercanos del neurólogo francés, quienes ante las sorprendentes manifestaciones de la histeria no tuvieron más remedio que ensanchar sus conceptos y aproximar sus vocabularios, a veces sin quererlo, a los de los espiritistas o estudiosos de lo paranormal.

De hecho, podemos detener la mirada en uno de esos tantos seguidores de Charcot. Hemos optado por revisar someramente la producción de uno de ellos, no solamente debido a que tenemos evidencia de su prolija formación en el campo de la anatomía y la fisiología experimental, sino sobre todo porque en sus tempranos escritos vemos aparecer un trípode, una tríada de elementos que en su articulación mutua pueden ser leídos como la revelación sintomática de la estela dejada en el campo académico por parte de la espectacularización de lo prodigioso. El primer elemento que se observa con claridad en este *charcotiano*, cuya identidad podemos pasar por alto, es el uso de un dispositivo de *mostración* de los fenómenos más curiosos de la histeria, en todo semejante al que pudimos recortar en el caso de Beck. Veamos el modo en que a comienzos de 1886 el médico presenta ante sus

colegas los síntomas de un enfermo, que está allí junto a él sobre el escenario. Al igual que el “Profesor de magnetismo” que había pasado fugazmente por Buenos Aires dos años atrás, el discípulo de Charcot hace del cuerpo extraño de su *sujet* algo a mostrar y manipular, no con el mero afán de comprobar respuestas a estímulos bien ensayados, sino sobre todo con el cometido de poner al descubierto fisiologías paradójicas:

La persona a quien ustedes ven aquí es un cincelador de 29 años, August P.; un hombre inteligente, que de buen grado se ha prestado a mis indagaciones con la esperanza de un pronto restablecimiento

(...) Consideren ahora al enfermo, algo pálido, de mediano desarrollo. La indagación de los órganos internos no comprueba nada patológico, salvo unos ruidos cardíacos amortiguados. Si presiono sobre los puntos de salida de los nervios supraorbital, infraorbital y mental del lado izquierdo, el enfermo da vuelta la cabeza con una expresión de dolor violento. Parece haber, pues, una alteración neurálgica en el trigémino izquierdo. También la bóveda craneana en su mitad izquierda es muy sensible a la percusión. En cambio, la piel de la mitad izquierda de la cabeza no se comporta como uno esperaría: es totalmente insensible a estímulos de cualquier índole; puedo pinchar, pellizcar, retorcer entre mis dedos el lóbulo de la oreja, sin que el enfermo sienta siquiera el contacto. Por tanto, existe aquí un alto grado de anestesia. Pero esto no sólo es válido para la piel; también para las mucosas, como se los muestro en los labios y la lengua del enfermo. Si introduzco un rollito de papel en el conducto auditivo externo y luego por el orificio nasal izquierdo, no provocará ninguna clase de reacción. Repito el experimento del lado derecho y compruebo una sensibilidad normal en el enfermo. Como corresponde a la anestesia, también los reflejos sensibles están cancelados o disminuidos. Así, puedo introducir el dedo y tocar el fondo de la garganta del lado izquierdo sin que sobrevenga ahogo; sólo si alcanzo la epiglotis del lado derecho se genera una reacción.

(...) Pasemos ahora a indagar el tronco y las extremidades. También aquí hallamos, empezando por el brazo izquierdo, una anestesia absoluta. Como ustedes ven, puedo atravesar con una fina aguja cualquier pliegue de la piel sin que el enfermo reaccione. Las partes profundas –músculos, tendones, articulaciones–, deben de tener, por fuerza, asimismo, esa extrema insensibilidad, pues puedo retorcer la muñeca, estirar los tendones, sin provocar en el enfermo ninguna sensación.”

La mano entrenada del galeno busca en la superficie corporal una cuadrícula bien inventariada de nervios y automatismos. Lo que en Beck era un Frankenstein adormecido, cuyo oído podía ser mudado a la rodilla sin escalpelo pero con

una mirada enérgica, es ahora una superficie en que se transparentan vías y mecanismos que reciben nombres inconfundibles. El médico, amparado en el prestigio y en las libertades que le son reservadas por una tradición de guardapolvos, se atreve a tocar mucho más, retuerce coyunturas, mete sus dedos en los orificios, y moja sus labios mientras describe *in situ* cómo el alfiler que él maneja pasa de lado a lado en los pliegues de la piel del sumiso *suje*t. Detrás de esas diferencias sobresalen empero las homogeneidades del dispositivo de mostración de lo prodigioso.

Ante una mirada escéptica, las similitudes podrán parecer superficiales. Tanto en Beck como en el *charcotiano* no habría otra cosa que la puesta en acto de un nuevo hábito visual, sustentado en la retroalimentación de ritos provenientes tanto de lo esotérico como de la clínica. Quizá el hecho de transformar en un objeto de atractiva visualidad a los cuerpos histéricos o a los sujetos que ostentaban capacidades prodigiosas, haya encontrado su impulso inicial en las faenas de los ejercitadores de lo paranormal. Con el correr de los años los médicos habrían perfeccionado ese cruce entre la ciencia y el espectáculo, y lo habrían amoldado a las exigencias y los ordenamientos de su proceder científico. Esa objeción puede ser justa, pero lo más valioso está en auscultar cuánto de lo esotérico (sus creencias, sus interrogantes, su ensanchamiento de lo posible y verosímil) se introdujo a escondidas en la ciencia merced a la importación de aquel hábito mostrativo o de aquella valorización de las anomalías curiosas. Y es precisamente la lectura de las páginas de los *charcotianos* lo que nos auxilia en la respuesta. En efecto, en nuestro *charcotiano* emergieron rápidamente otros dos problemas o inquietudes, que develan de modo transparente los alcances superlativos de esos préstamos.

El manoseo al pobre cincelador August tuvo lugar en 1886. Un año más tarde, aquel mismo *charcotiano* publicó en una revista pediátrica la reseña de un ensayo sobre hipnosis, referido al uso de esa herramienta terapéutica para la curación de la sordera de nacimiento. El joven *charcotiano*, que recién se introducía en ese nuevo continente de cuerpos imposibles, plagados de anestias paradójicas y sensibilidades extra-humanas, no podía sino mirar con buenos ojos aquellos aventurados intentos de sanar la sordera. Él, que seguramente había presenciado una y mil veces el fenómeno hipnótico de *transfert* (merced al cual con el auxilio de un metal se podía transportar una parálisis desde una mitad del cuerpo hacia la otra, luego de lo cual la

primera recuperaba su funcionalidad), y que probablemente había escuchado las anécdotas sobre Raymond paseando por los pasillos de La Salpêtrière, desencadenando contracturas a diestra y siniestra con el rayo de su mirada. Él, que sabía de buena fuente que ciertas histéricas podían, en estado hipnótico, usar idiomas que o bien desconocían o bien tenían olvidados, ¿iba acaso a mostrarse escandalizado porque se usara la hipnosis para curar la sordera congénita? Citemos un fragmento de esa reseña de 1887:

Esta comunicación no dejará de provocar revuelo y de recomendar nuevamente a los médicos los escritos del original investigador Braid, el padre del hipnotismo. Sobre la base de las indicaciones de Braid en cuanto a que habría conseguido devolver a varias personas sordomudas de nacimiento, a través de la sumisión en estado hipnótico, un uso al menos parcial de la audición, Berkhan se puso en contacto con médicos especialistas en sordomudez para la reiteración de tales ensayos. Varios niños, cuya absoluta sordera había sido confirmada antes de la experiencia, fueron hipnotizados mediante la fijación de la mirada en una bola de cristal brillante. La hipnosis se logró después de entre cinco y nueve minutos. Durante la misma se gritaba al oído de los niños las distintas vocales, ante ellos se hacía barullo, se silbaba y cosas similares. Transcurridos ocho días la hipnosis fue repetida, y el procedimiento realizado en total de cuatro a seis veces con cada niño. Luego de la hipnosis la capacidad auditiva de los niños fue nuevamente probada y fue establecido que algunos de ellos podían oír algunas vocales, el ruido de un reloj de torre, el silbido del tren y cosas similares. Pudo constatarse una ganancia duradera, en un caso un año y medio después de la puesta en marcha de la experiencia. *El enorme aumento de la excitabilidad de los centros sensitivos por medio de la hipnosis*, que fue comprobado por Charcot en La Salpêtrière, torna comprensibles estos éxitos.

Si la hipnosis —ese otro gran terreno de experiencias compartido por las tradiciones esotéricas y racionales de la segunda mitad de siglo— era capaz de alterar de un modo extraordinario la fisiología, ¿quién se atrevería, y en base a qué criterios, a señalar las fronteras de su poder? En la misma dirección apunta un tercer enunciado de nuestro *charcotiano*, emitido un año después, en 1888 y en ocasión de otra reseña acerca de un trabajo sobre hipnotismo. Estamos quizá ante el fragmento más valioso de la serie, pues en esas líneas este discípulo muestra plena conciencia de que las nuevas visualidades, los nuevos objetos de la clínica, habían trastocado muy profundamente los esquemas referenciales de la ciencia, a punto tal que la mente racional debía aceptar la realidad de los hechos presuntamente milagrosos:

De modo especial debe ponerse de relieve el punto de vista científicamente correcto del autor, que evita cuidadosamente rechazar como imposible o como engañoso lo que sobrepasa el círculo de sus propias experiencias, y en cada oportunidad separa la pregunta acerca de la veracidad de un hecho establecido, aun si fuera de una apariencia milagrosa, de la pregunta acerca de la posibilidad de explicarlo a través de nuestras actuales concepciones fisiológicas. Con respecto al influjo sobre el sistema nervioso a través de imanes, Obersteiner sostiene el punto de vista de que ha de asignarse a los seres humanos un “sentido magnético”, cuyas sensaciones permanecen por norma general por debajo del umbral, pero lo rebasan en circunstancias patológicas (hipnosis, histeria). Obersteiner realiza una observación desacertada –según el parecer del reseñador– acerca de los famosos ensayos de Babinsky junto a Charcot, en los cuales la sugestión es transferida desde una persona hipnotizada a otra por mediación de un imán. Si debiera aceptarse que un imán ejerce efectos sobre un hombre bajo ciertas circunstancias, entonces no debería parecer extraño si este hombre ejerciera a su vez efectos sobre un segundo, así como un trozo de hierro flexible imantado conserva la propiedad de atraer un segundo trozo. Esta analogía no reduce por cierto el carácter fantástico del hecho de que un sistema nervioso puede influir sobre otro sistema nervioso a través de otros medios que las consabidas percepciones sensoriales. Más bien debe admitirse que una ratificación de estos ensayos añadiría algo nuevo, hasta ahora no reconocido, a nuestra cosmovisión, y en cierto modo ensancharía las fronteras de la individualidad.

Este médico avezado y buen conocedor de las maravillas hipnóticas, tuvo conciencia de las promesas infinitas del campo del que era partícipe. Supo producir y exhibir los prodigios corporales que había comenzado a frecuentar gracias a su proximidad con Charcot. En segundo lugar, tuvo la cautela de ser incauto respecto de las utilidades utópicas de una herramienta que se mostraba más que generosa. Dicho en otros términos, midió con precisión que el ingreso en las arenas casi sobrenaturales del hipnotismo tenía como rédito no solamente la metamorfosis de las fisiologías consensuadas, sino también la entrega a las manos del médico de un remedio sin fronteras. Era un pecado o una picardía –se dijo a sí mismo cada mañana a partir de su adscripción a la escuela charcotiana– usar la hipnosis solo para pulir nuestros conocimientos sobre las patologías y el papel de los automatismos. Advertidos de sobra sobre los poderes taumatúrgicos de esos pases y miradas, los galenos tenían que atreverse a soñar lo impensable: por ejemplo, curar la sordera de nacimiento. ¿A quién podía importarles que esas corporalidades paradójicas y esotéricas provinieran, a nivel de su manufactura espectacular, de faenas entre circenses y lucrativas? Lo que no cabía perder de vista era su desembocadura práctica,

esto es, la transformación del médico en un mago diplomado. En tercer lugar –y ello se torna patente en la reseña citada recién–, el médico *charcotiano* se dio a sí mismo a manera de máxima la orden de tomar por reales incluso los hechos aparentemente milagrosos, y demorar un poco el hallazgo de una teoría que los tornara inteligibles. Esa máxima traducida a la perfección el repliegue que en el saber racional habían producido las espectacularizaciones esotéricas que los médicos emulaban con sus experiencias de hipnosis. Se coloca a un sujeto en estado de hipnosis, se le imparte una sugestión verbal (por ejemplo, que no pueda mover su pierna derecha), y de inmediato se le coloca un imán; acto seguido, y en silencio, se aproxima ese mismo imán a un segundo enfermo hipnotizado, sobre cuyo cuerpo cobrará realidad la orden hipnótica dada hace instantes. Podrá parecer que todo ello posee “carácter fantástico”, afirma el *charcotiano*, pero en la era de la hipnosis y las mostraciones esotéricas esas acusaciones eran sinónimo de ceguera o cobardía.

Nuestro *chacotiano* fue, sin lugar a dudas, uno entre muchos de su especie. Al igual que él, muchos otros científicos del cambio de siglo comprobaron que en sus propias páginas, en sus propios hospitales y consultorios, pululaban realidades, conceptos e imaginarios que tornaban dificultosa, si no imposible, una nítida demarcación entre los campos de lo esotérico y de lo científico. En términos estrictos, se trata de campos que en ese entonces no estaban del todo consolidados, y menos aún distanciados entre sí. La profesionalización y el afianzamiento institucional de la ciencia se produjo en el Viejo Continente durante las últimas décadas del siglo XIX, con celebrados avances y lamentados retrocesos. Más importante aún, en el campo particular del estudio de lo mental o de lo nervioso no era sencillo separar la paja del trigo. Históricas, sensitivas, magnetizadas, espiritistas, videntes y simuladoras aportaron el material humano alrededor del cual la neurología alcanzó su renovación teórica y práctica. Esos cuerpos traían consigo facultades y fenómenos extraordinarios, y de repente los médicos –en pleno auge de dispositivos de visualización de lo esotérico, y en pleno trastocamiento de las mentalidades producido por la periódica emergencia de adelantos técnicos que parecían extraídos de los libros de Verne– comenzaron a especular sobre la naturaleza irradiante del pensamiento, sobre el modo en que un cuerpo hipnotizado es capaz de sentir físicamente los efectos de una droga colocada a unos metros de distancia, o sobre la capacidad que poseían los imanes para trasladar una parálisis desde un cuerpo a otro. En efecto, esas fueron algunas

de las temáticas exploradas por otros galenos al mismo tiempo en que nuestro charcotiano publicaba los fragmentos que antes revisamos. Cabe citar, por ejemplo, los célebres trabajos de Jules Bernard Luys acerca de la acción a distancia de los medicamentos (Luys, 1887), o los ensayos de Babinski – futuro sucesor y filicida intelectual de Charcot– a propósito de la insólita transferencia de anestias y contracturas histéricas desde una zona corporal a otra, o desde un individuo a otros, con el auxilio de metales (Babinsky, 1886).

Es momento, ahora sí, de restituir el nombre de nuestro *charcotiano* elocuente y sensible. Muchos lectores habrán adivinado que se trata nada menos que de Sigmund Freud. Fue él quien entre 1886 y 1888, esto es, en el instante en que el influjo de Charcot sobre su pensamiento era casi absoluto, redactó aquellos fragmentos poco o nada conocidos. Algún lector memorioso seguramente sospechó que el cincelador toqueteado allá por 1886 corresponde al caso que Freud presenta, para falseado escándalo de sus maestros vieneses, en su ciudad apenas regresa de París (Freud, 1886). Los otros dos fragmentos provienen de reseñas de Freud que hasta el momento no habían sido traducidas al castellano (Freud, 1887, 1888). El gesto de recuperar esos hitos iniciales del derrotero intelectual de Freud, y sobre todo el ademán de postular una articulación lógica entre ellos, no va encaminado hacia la anécdota iconoclasta; ella invitaría a subrayar que el creador del psicoanálisis fue tan crédulo como cualquiera de los médicos que en los años 80 se dejaron deslumbrar por las promesas de la hipnosis. Ya conocemos los peligros de ese anecdótico revisionista: un sector importante de la historiografía crítica del psicoanálisis busca en esos supuestos deslices de juventud el punto de arranque suficiente de todas las ulteriores falacias. Por el contrario, lo planteado hasta aquí no es más que una invitación a reflexionar con un poco más de detenimiento acerca del proyecto fundacional del edificio freudiano. ¿Qué consecuencias de largo aliento tuvo en Freud esa temprana adscripción ilusionada a las dádivas de la hipnosis? Si su compromiso con la cultura hipnótica –esa aún mal comprendida cultura hecha de nuevas realidades, misterios y augurios de un *otro cuerpo*– fue tan seria como las fuentes indican, y dado que esa cultura era sobre todo un ensamble de dispositivos visuales, ¿qué queda de aquella divisoria de aguas entre las clínicas de la mirada y de la escucha? Fue tal vez gracias a su participación entusiasmada en esa cultura mostrativa, y no tanto a su prematura pulsión semiológica, que Freud puso tal empeño en buscar esa otra escena, esa otra corporalidad

paradójica. Decir que Freud pasó de mirar cuerpos a escuchar sujetos puede ser una proposición vacía. Quizá hay que afinar un poco la lente, y decir más bien que buscó en los pliegues y reverses del relato las evidencias de esa dimensión imposible –irreductible a la materia, incalculable, indócil al sentido común– de la que había adquirido certeza por medio de la mirada. Esos cuadros que él había llegado a observar –esos cuerpos charcotianos que desaparecieron de la faz de la Tierra junto con la muerte del neurólogo francés, esas escenas de hipnotización que parecían remedos adocenados de los encuentros espiritistas– resultaban de pacientes sedimentaciones de una visualización de lo prodigioso que mancomunó durante unas décadas lo esotérico con lo racional. Freud, como muchos, despertó de ese sueño con la certidumbre de que nuevos imposibles debían ser introducidos a la faena de lo posible<sup>4</sup>. Su innovación debe ser medida menos en términos de una forja de la clínica de la escucha, y mucho más en el sentido de haber habilitado para el trabajo con la palabra un espacio que alojara eso maravilloso y hasta milagroso, catalizado por las mostraciones esotéricas.

Muy poco tiempo después de haber emitido los enunciados entusiastas que hemos recogido más arriba, Freud comenzó a mostrarse muy cauto sobre las fenomenologías prodigiosas. Sucede que día a día ellas iban siendo expulsadas de las academias, y con ellas también perdía terreno la credibilidad del hipnotismo. Ya para fines de 1889 nuestro autor descartaba la existencia de los hechos aparentemente milagrosos como la clarividencia<sup>5</sup>. Sabemos, no obstante, que jamás dejará morir del todo su curiosidad al respecto, y que durante sus últimos años de vida se mostrará ciertamente receptivo sobre la realidad de la telepatía. Esa es otra historia, que poco nos importa aquí.

---

<sup>4</sup> ¿No se tradujo acaso esa certidumbre en el proceder freudiano sobre el acaecer infantil? ¿No cabe ubicar en ese forzamiento de lo imposible sus primeras indagaciones sobre los recuerdos tempranos, sobre todo en su extraño descubrimiento de los niños-fonógrafos: individuos capaces de reproducir literalmente diálogos que habían oído a los 11 meses de edad (Masson, 1985, 240)?

<sup>5</sup> Freud (1889, 105) Unos años más tarde, se uniría a los científicos que trataban como juegos de salón a las demostraciones de adivinación del pensamiento (Freud, 1896/1897, 120). Cabe aclarar que incluso en el período en que más abierto se mostró a los hechos “milagrosos”, Freud, al igual que muchos de sus colegas, privilegió una atención a los fenómenos con alguna raigambre corporal. Los hechos más psíquicos (como la telepatía, la adivinación, etc.) fueron siempre mirados con más recelo.

## Referencias

- Babinski, Joseph (1886) *Recherches servant à établir que certaines manifestations hystériques peuvent être transférées d'un sujet à un autre sujet sous l'influence de l'aimant*. Paris: Delahaye.
- Bustamante, Paulino (1887) "Histeria simulatriz", *Revista Argetina de Ciencias Médicas*, 1887, pp. 479-483
- Didi-Huberman, Georges (1982) *Invention de l'hystérie. Charcot et l'Iconographie photographique de La Salpêtrière*. Paris: Macula.
- Freud, Sigmund (1886) "Observación de un caso severo de hemianestesia en un varón histérico". En *Obras Completas*, Volumen I (pp. 27-34). Buenos Aires: Amorrortu editores; 1999.
- Freud, Sigmund (1887) 'Referat über Berkhan, "Versuche, die Taubstummheit zu bessern und die Erfolge diese Versuche"', *Zentralblatt für Kinderheilkunde*, Vol. 1., 2, 19 de marzo de 1887, p. 36.
- Freud, Sigmund (1888) 'Referat über Obersteiner, *Der Hypnotismus mit besonderer Berücksichtigung seiner klinischen und forensischen Bedeutung*', *Zentralblatt für Physiologie*, Vol. 1 (1887/88), 23, 4 de febrero de 1888, p. 632.
- Freud, Sigmund (1889) "Reseña de August Forel, *Der Hypnotismus*". En *Obras Completas*, Volumen I (pp. 97-110). Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, Sigmund (1896/1897) "Tratamiento psíquico (tratamiento del alma)". En *Obras Completas*, Volumen I (pp. 111-132). Buenos Aires: Amorrortu.
- Luckhurst, Roger (2002) *The Invention of Telepathy, 1870-1901*. Oxford: Oxford University Press.
- Luis, Jules Bernard (1887) *Les émotions chez les sujets en état d'hypnotisme: études de psychologie expérimentale faite à l'aide de substances médicamenteuses ou toxiques, impressionnant à distance les réseaux nerveux périphériques*. París: Baillière.
- Masson, J. (1985) *Freud - Cartas a Wilhelm Fliess*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

- Natale, Simone (2011), "A Cosmology of invisible Fluids: Wireless, X-Rays and Psychical Research around 1900", *Canadian Journal of Communication*, 2011, 36, 263-275.
- Noakes, Richard (2008) "The 'world of the infinitely little': connecting physical and psychical realities circa 1900". *Studies in History and Philosophy of Science*, 39, pp. 323-334.
- Obejero, Eduardo (1882) "Notas", *Anales del Círculo Médico Argentino*, 5, pp. 243-245.
- Plas, Régine (2012) "Psychology and psychical research in France around the end of the 19<sup>th</sup> century", *History of the Human Sciences*, 25 (2), pp. 91-107.
- Sommer, Andreas (2012) "Psychical research and the origins of American psychology: Hugo Münsterberg, William James and Eusapia Palladino", *History of the Human Sciences*, 25 (2), pp. 23-44.
- Wolfram, Heather (2009) *The Stepchildren of Science: Psychical Research and Parapsychology in Germany, c. 1870-1939*. New York: Rodopi.